

MISS HARRIET

A la señora...

Ibamos siete en el break, cuatro mujeres y tres hombres, uno de los cuales iba en el pescante al lado del cochero y subíamos, al paso, la larga cuesta en zig-zag.

Habíamos salido de Etretat al amanecer, para ir á visitar las ruinas de Tancarville, y aun estábamos medio dormidos, á pesar del aire fresco de la mañana. Las mujeres, sobre todo, poco acostumbradas á aquellos madrugones de cazador, entornaban los párpados, inclinaban la cabeza ó bostezaban, insensibles al espectáculo maravilloso de la aurora.

Era en otoño. A los dos lados del camino se extendían rastrojos sin fin, que recordaban el aspecto

de una cara mal afeitada. La tierra cubierta de bruma parecía echar humo. Las alondras cantaban volando y otros pájaros piaban entre los arbustos.

El sol salió por fin enfrente de nosotros, de rojo color; y á medida que subía, cada vez más claro, la campiña parecía despertar, desperezarse, sonreír y quitarse, como una niña que salta de la cama, su camisa de blancos vapores.

El conde de Etraille, que iba en el pescante, gritó: «¡Mirad qué liebre!» y señalaba con la mano, á la izquierda, un campo de trébol. Corría el animal casi oculto por la hierba, de la que sólo sobresalían las largas orejas; luego corrió á través de un campo labrado, se detuvo otra vez, inquieta, oliendo el riesgo, indecisa acerca de la dirección que tomaría, echó á correr dando grandes saltos con las patas de atrás, y desapareció en un gran cuadro de remolachas. Todos los hombres siguieron con la mirada la carrera de la liebre.

Renato Lemanoir dijo:

—Estamos poco galantes esta mañana.

Y mirando á su vecina la baronesita de Seren-nes, que luchaba contra el sueño, añadió á media voz:

—Piensa usted en su marido, baronesa. Tranqui-

licese, no volverá hasta el sábado; aun faltan cuatro días.

Ella contestó con sonrisa indolente: «¡Qué tonto es usted!»

Y venciendo el sueño repuso:

—Ea, díganos algo para hacernos reír. Usted, señor Chenal, que tiene fama de haber hecho más conquistas que el duque de Richelieu, cuéntenos alguna anécdota amorosa, sea cual fuere, con tal que no sea inventada.

León Chenal, un pintor que había sido muy guapo, muy robusto, muy presumido y muy querido, se alisó su barba blanca y sonrió; luego, al cabo de un instante, se puso serio.

—No es una anécdota divertida, señoras; voy á contarles el amor más lamentable de mi existencia. Deseo á mis amigos que no inspiren ninguno parecido.

I

Tenía entonces veinticinco años y vagabundeaba por la costa normanda, con un hatillo á la espalda, de posada en posada, á pretexto de estudiar la naturaleza de cerca. No conozco nada tan agradable como esa vida errante. Se siente uno libre, sin trabas de ninguna especie, sin quebraderos de cabeza, sin pensar siquiera en el mañana. Se toma el camino que se quiere, sin otro guía que el capricho, sin otro consejero que el placer de los ojos. Se detiene uno porque un riachuelo le agrada, porque las patatas fritas de un mesonero huelen bien. A veces determina vuestra elección el perfume de una flor, otras la mirada cándida de una moza. No hay que despreciar las ternuras rústicas. Esas muchachas tienen alma y sentidos, labios frescos y mejillas tur-

gentes; y su beso violento y rudo es sabroso como la fruta silvestre. El amor es bueno siempre, venga de donde viniere. Un corazón que late cuando aparecéis, unos ojos que lloran cuando os marcháis son cosas tan raras, buenas y preciosas que no hay que despreciarlas nunca.

Recuerdo citas en barrancos floridos, detrás del establo donde duermen las vacas, en la paja de los graneros que guardan aún el calor del día. Recuerdo una tela gris sobre carnes elásticas y rudas y siento la nostalgia de cándidas y francas caricias, más delicadas en su sincera brutalidad que los sutiles placeres gozados con mujeres encantadoras y distinguidas.

Pero lo que seduce más que nada en esas expediciones aventureras, son la campiña, los bosques, las salidas de sol, los crepúsculos, los efectos de luna. Para los pintores una expedición así es como un viaje de bodas con la tierra. Uno está solo con ella en esa cita prolongada y tranquila. Se tiende en un prado entre margaritas y amapolas y con los ojos abiertos, bajo una clara lluvia de sol, se mira el campanario de la aldehuela que da mediodía.

Se sienta junto á una fuente que brota al pie de un roble, entre matas de hierbas delicadas, altas,

llenas de vida. Se arrodilla, se inclina, se bebe el agua fría y transparente que os moja el bigote, se bebe con placer físico, como si se besaran los labios del manantial. A veces, cuando á lo largo de esos arroyuelos se advierte un remanso, se baña uno y se siente en la piel, de pies á cabeza, una caricia helada y deliciosa, el estremecimiento de la corriente viva y ligera.

En la cima de la colina se siente uno alegre, melancólico á orillas de los estanques, exaltado cuando el sol se anega en un mar de nubes sangrientas y lanza á los ríos rojos reflejos. Por la noche, á la luz de la luna que pasa como escondiéndose, se recuerdan mil cosas extrañas que no se os ocurrirían á la ardorosa luz del día.

Errando, pues, por este mismo país, llegué una tarde á la aldea de Benouville, en el acantilado, entre Ypor y Etretat. Venía de Fecamp siguiendo la costa, alta y recta como una muralla, con sus salientes de rocas gredosas cortadas á pico. Desde la mañana andaba por el musgo corto, fino y flexible como una alfombra que crece al borde del abismo, á impulsos del viento salobre. Y cantando á voz en cuello, andando á grandes zancadas, mirando á veces el vuelo de las gaviotas que pasean la blancura

de sus alas por el espacio azul, á veces, en el mar, la vela parda de una barca pescadora, había pasado un dichoso día de libertad.

Me indicaron una casa de campo donde admitían viajeros, una especie de mesón que se levantaba en el centro de un patio normando rodeado de una doble fila de hayas.

Dejando la costa me acerqué al villorrio y me presenté á la tía Lecacheur.

Era una vieja aldeana arrugada, severa, que parecía recibir á los viajeros como á regañadientes, con desconfianza.

Era en mayo; los manzanos floridos cubrían el patio de una techumbre de flores perfumadas, que sembraban sin cesar sus rosados pétalos sobre las personas y entre la hierba.

—¿Tiene usted habitación para mí, señora Lecacheur?—pregunté.

Admirada de que supiera su nombre, contestó:
—No sé; todo está alquilado. Veremos.

Al cabo de cinco minutos estábamos de acuerdo y dejaba mi hatillo en el suelo de una habitación rústica, amueblada con una cama, dos sillas, una mesa y una palangana. Daba á la cocina, grande, ahumada, donde los huéspedes comían con las gentes de la quinta y con la patrona, que era viuda.

Me lavé las manos y salí. La vieja guisaba un pollo para comer, en el hogar del que pendía una cadena llena de hollín.

—¿Tiene usted huéspedes actualmente?

—Sí, una señora; una inglesa entrada en años. Ocupa el otro cuarto.

Mediante veinticinco céntimos diarios de aumento, obtuve el derecho de comer en el patio cuando hiciera buen tiempo.

Pusieron mi cubierto delante de la entrada y empecé á devorar los flacos miembros del pollo normando, á beber sidra y á comer pan blanco, nada tierno pero excelente.

De pronto la barrera de madera que cerraba el camino se abrió y una persona muy rara entró en la casa. Era muy alta, muy flaca, tan apretada en su chal escocés á cuadros encarnados, que se la hubiese creído privada de brazos á no ser por una larga mano que sostenía una sombrilla blanca de turista. Su cara de momia, encuadrada por unos rizos de pelos grises que se movían á cada paso, me hizo pensar, no sé por qué, en un arenque con ricillos. Pasó rápidamente por delante de mí, bajando los ojos y desapareció.

Aquella singular aparición me alegró; sin duda

era la Inglesa entrada en años de quien me hablara la patrona.

No la volví á ver aquel día. Al día siguiente, mientras tomaba apuntes de un rincón de ese valle encantador, que ya conocen ustedes y que llega hasta Etretat, al levantar de pronto los ojos, vi algo extraño plantado en la cresta de la colina; dijérase un mástil empavesado. Era ella. Al verme, desapareció.

Volví á casa al mediodía para almorzar y me senté en la mesa común, á fin de trabar conocimiento con aquella vieja original. Pero no contestó á mi cortesía y se mostró insensible á mis atenciones. Le vertía agua con obstinación, le pasaba las fuentes con premura. Un ligero movimiento de cabeza, casi imperceptible, y una palabra en inglés, murmurada tan bajo que no la entendía, era sus gracias.

Cesé de cuidarme de ella aun cuando en ella pensara.

Al cabo de tres días sabía de ella cuanto sabía la hostelera.

Se llamaba miss Harriet. Buscando una aldehuela para pasar el verano, se detuvo en Benouville seis semanas antes y no parecía dispuesta á marcharse. No hablaba jamás en la mesa y comía aprisa, le-

yendo un librito de propaganda protestante. A todo el mundo daba libritos de aquellos. El mismo cura había recibido cuatro, que le entregó un muchacho mediante diez céntimos de comisión. A veces, sin que viniera á cuento, decía á la patrona: «Amo al Señor más que á todas las cosas; le admiro en su creación, le adoro en la naturaleza, reina en mi corazón». Y entregaba á la aldeana asombrada uno de sus tomos destinados á convertir el universo.

En la aldea no era simpática. El maestro declaró que era atea y una especie de reprobación pesaba sobre ella. El cura, consultado por la señora Lecacheur, contestó: «Es una hereje, pero Dios no quiere la muerte del pecador y la tengo por una persona de gran moralidad.»

Aquellas palabras: «atea—hereje,» cuyo sentido preciso no comprendían, hacían vacilar á los más benévolos. Se pretendía, además, que la inglesa era rica, y había pasado la vida viajando por todos los países del mundo, porque su familia la rechazaba. ¿Por qué la rechazaba su familia? Por su impiedad, naturalmente.

Era una de esas fanáticas, una de esas puritanas que Inglaterra engendra; una de esas viejas y buenas solteronas que pasan por todas las mesas redon-

das de Europa, echan á perder Italia, emponzoñan Suiza, hacen inhabitables las encantadas costas del Mediterráneo y llevan á todas partes sus raras manías, sus costumbres de vestales petrificadas, sus atavíos indescritibles y cierto olor de caucho que hace creer que por la noche se encierran en un estuche.

Cuando veía una en una fonda, huía como los pájaros cuando ven un espantajo.

Pero aquella me parecía tan singular que no me disgustaba.

La señora Lecacheur, hostil por instinto á todo lo que no fuera aldeano, experimentaba en su inteligencia limitada una especie de odio por los andares estáticos de la solterona. Había encontrado una palabra para calificarla, una palabra despreciativa sin duda que acudió á sus labios por no sé qué trabajo misterioso y confuso de su espíritu. Decía: «Es una demoniaca.» Y aquel mote aplicado á aquel sér austero y sentimental, me parecía soberanamente cómico. Yo también la llamaba «la demoniaca,» sintiendo un placer especial en pronunciar en voz alta aquellas sílabas al verla.

Preguntaba á la señora Lecacheur:

—¿Qué hace hoy nuestra demoniaca?

Miss Harriet—2

La campesina contestaba con expresión escandalizada:

—¿Creerá usted, caballero, que ha recogido un sapo al que han pisado una pata y lo ha llevado á su cuarto y metido en la palangana y lo cura como si fuera una persona? ¡Es una abominación!

Otra vez, paseándose por la orilla del mar, compró un pez que acababan de pescar por el solo gusto de tirarlo de nuevo al mar. Y el pescador, aun cuando bien pagado, la injurió como si acabara de quitarle el dinero que llevaba en el bolsillo. Al cabo de un mes aun no podía hablar de aquello sin llenarla de ultrajes. ¡Oh, sí! indudablemente miss Harriet era una demoniaca; la señora Lecacheur tuvo una inspiración bautizándola con semejante nombre.

El mozo de cuadra, al que llamaban Sapeur, porque en otro tiempo sirviera en Africa, tenía una opinión distinta. Decía: «Es una veterana pasada de moda.»

¡Si lo hubiese sabido la pobre miss!

La criadita, Celeste, no la servía de buena gana, sin que pudiera averiguar por qué. Quizá únicamente porque era de otra raza y tenía otra lengua y otra religión. ¡Era al fin una demoniacal!

Pasaba los días en el campo, adorando á Dios en

la naturaleza. Un día la hallé de rodillas en un jaral. Habiendo visto algo encarnado entre las ramas, apartélas y miss Harriet se levantó despavorida, avergonzada de haber sido sorprendida en tal guisa, fijando en mí una mirada como la de los mochueros sorprendidos en pleno día.

A veces, cuando trabajaba entre peñascos la veía de pronto en lo alto del acantilado, como una señal de semáforo. Miraba apasionadamente el ancho mar y el cielo resplandeciente. A veces la veía en lo hondo de un valle, andando aprisa, con su paso elástico de inglesa, y me dirigía hacia ella no sé por qué, quizá para ver su rostro de iluminada, su rostro flaco, indecible, contento con alegría interna y profunda.

A menudo también la hallaba junto á una granja bajo la sombra de un manzano, con un librito bíblico abierto sobre las rodillas y la mirada vago-rosa.

No sentía ganas de marcharme de aquel país, pues me encantaban sus panoramas. Estaba muy bien en aquella quinta, alejado del mundo y cerca de la tierra, de la buena, sana y bella y verde tierra que un día abonaremos con nuestro propio cuerpo. Si he de ser franco me retenía también cierta curiosidad en

casa la señora Lecacheur. Deseaba conocer algo más aquella extraña miss Harriet y saber lo que pasa en las almas solitarias de las viejas inglesas errantes.

II

Trabamos conocimiento de un modo raro. Acababa un estudio que me parecía bueno y que lo era. Se vendió en diez mil francos, quince años después. Era de lo más sencillo que imaginarse pueda y no encajaba en los moldes académicos. Todo el lado derecho de mi lienzo representaba una roca, una enorme roca, áspera, rugosa, cubierta de algas pardas, amarillas y encarnadas iluminada por el sol. La luz, sin que se viera el astro, caía á chorros en la piedra y la doraba. Era un primer término fulgurante, inflamado, soberbio.

A la izquierda el mar; pero no el mar azul, pizarroso, sino el mar de jaspe, verdoso, lechoso y duro bajo el cielo sombrío.

Estaba tan contento de mi trabajo que bailaba al volver al mesón. Hubiese deseado que todos lo admiraran en seguida. Recuerdo que lo enseñé á una vaca que estaba tendida junto á un sendero, gritándole:

—Mira esto, vieja mía; no verás muchos así.

Al llegar á la casa llamé en seguida á la señora Lecacheur, gritando á voz en cuello:

—¡Ehl ¡Ehl ¡Salga usted, patrona, y míreme estol

La aldeana llegó y miró mi obra con su mirada estúpida que nada distinguía, sin saber siquiera si aquello representaba un buey ó una casa.

Miss Harriet entraba en el momento preciso en que enseñaba mi estudio á la patrona. La demoniaca tuvo que verlo, pues lo coloqué de manera que no pudiese escapar á sus miradas. Se detuvo en seco, admirada, estupefacta. Parece que era su peñasco, aquel á que se encaramaba para entregarse á sus ensueños.

Murmuró un «¡Aohl!» británico tan acentuado y halagador, que me volví hacia ella sonriendo y le dije:

—Es mi último estudio, señorita.

Y ella murmuró extasiada, cómica y enternecedora:

—¡Oh, señor! Usted comprender la naturaleza de un modo palpitante.

Me ruboricé, á fe mía, más conmovido por aquella alabanza que si la formulara una reina. Estaba seducido, conquistado, vencido. Palabra de honor: ¡la hubiera dado un beso! Me senté á su lado en la mesa como de costumbre. Por primera vez me habló, continuando en voz alta su pensamiento:

—¡Oh! ¡Gustarme tanto la naturaleza!

Le ofrecí pan, agua, vino. Aceptaba con una sonrisilla de momia. Empecé á hablar de paisajes.

Después de la comida, habiéndonos levantado juntos, atravesamos el patio, y atraído sin duda por el incendio formidable que el sol poniente producía en el mar, abrí la barrera que conducía al acantilado y hétenos ahí andando uno al lado de otro, contentos á fuer de personas que acaban de penetrarse y comprenderse.

Era una tarde tibia, una de esas tardes de bienestar en que la carne y el espíritu se sienten dichosos. Todo es encanto y goce. El aire tibio, perfumado, cargado de olores de hierbas y de algas, acaricia el olfato con su aroma silvestre, acaricia el paladar con su sabor marino, acaricia el alma con su suavidad penetrante. Caminábamos por la orilla

del abismo, sobre el ancho mar que rodaba sus olas á cien metros bajo nuestros pies. Y absorbíamos, con la boca entreabierta y el pecho dilatado, aquel soplo fresco que había acariciado el vasto Océano y que tocaba nuestra piel, húmedo y salado por el largo beso de las olas.

Envuelta en su chal á cuadros, la expresión inspirada, enseñando los dientes, la inglesa miraba como el sol se hundía en el mar. Ante nosotros, á lo lejos, un buque de alto bordo dibujaba su perfil, y un vapor, más cerca, pasaba dejando detrás de él una humareda que atravesaba todo el horizonte.

El globo rojo bajaba de continuo, lentamente. Pronto tocó al agua detrás del navío inmóvil que apareció, como en un cuadro de fuego, en el centro del astro deslumbrador. Se hundía poco á poco, tragado por el Océano. Se le veía sumergirse, disminuir, desaparecer. Se acabó. Unicamente el buque mostraba su perfil recortado sobre el fondo dorado del lejano cielo.

Miss Harriet contemplaba con mirada apasionada la muerte deslumbradora del día. De fijo que sentía un deseo inmoderado de estrechar el cielo, el mar, el horizonte entero.

Murmuró:

—¡Aohl Me gustaría... me gustaría... me gustaría...

Vi brillar una lágrima en sus ojos y añadió:

—Quisiera ser una pequeña pájaro para volarme al firmamento.

Y permanecía en pie como la había visto á menudo plantada en el acantilado tan roja como su chal de púrpura. Ganas me daban de hacer un estudio de ella en mi álbum. Dijérase que era la caricatura del éxtasis.

Me volví para no sonreír.

Luego le hablé de pintura como pudiera hacerlo á un camarada, explicándole los tonos y matices en la gerga del oficio. Me escuchaba atentamente comprendiéndome y tratando de adivinar el sentido de mis palabras para penetrar en mi pensamiento. De cuando en cuando decía:

—Yo comprendido, yo comprendido. Ha sido muy palpitante.

Entramos otra vez en la casa.

Al día siguiente, al verme, vino hacia mí y me tendió la mano. Así nos hicimos amigos. Era una buena mujer cuya alma parecía tener resortes, dando de pronto un brinco hacia las regiones del entusiasmo. Estaba algo tocada como todas las sol-

teronas de cincuenta años. Parecía confitada en su inocencia, pero guardaba en el corazón chispas de exaltación y de juventud. Amaba la naturaleza y los animales con amor exaltado, fermentado como una bebida demasiado rancia, con el amor sensual que no diera á los hombres.

Si veía á una perra dar de mamar á sus cachorros, á una yegua corriendo por un prado mordisqueando á su potrillo, ó un nido de pajarillos piando con el pico abierto, la cabeza enorme y pelechando, sentía una emoción exagerada que la hacía palpar.

Desde que conocí á miss Harriet quiero y compadezco á esos pobres seres solitarios errantes y tristes que se ven en las mesas redondas, esos pobres seres ridículos de aspecto lamentable.

Pronto advertí que quería decirme algo, pero no se atrevía, y á mí me hacía gracia su timidez. Cuando por la mañana me marchaba con la caja de colores á la espalda, me acompañaba hasta el extremo de la aldea sin decir una palabra, visiblemente ansiosa, y buscando palabras para expresarse. Luego se alejaba bruscamente y se iba aprisa á paso largo.

Por fin un día se decidió

—Quisiera verle á usted cuando pinta. ¿Quiere usted? Tengo curiosidad por verlo.

Y se ruborizaba como si hubiera pronunciado algo muy atrevido.

La llevé al fondo del Petit-Val, donde empezaba un gran boceto.

Miss Harriet permaneció detrás de mí siguiendo todos mis ademanes con atención concentrada.

Luego, de pronto, temiendo quizá molestarme, me dijo «gracias» y se fué.

Al cabo de pocos días se hizo más familiar, y me acompañaba todos los días con visible gusto. Llevaba la silla de tijera no permitiendo que se la llevara yo, y se sentaba á mi lado. Permanecía allí horas y horas, inmóvil y muda siguiendo todos los movimientos de mi pincel. Cuando obtenía, por medio de un golpe de color hábilmente dado, un efecto verdadero é inesperado, lanzaba como á pesar suyo una exclamación de asombro, de admiración y de alegría. Tenía como un sentimiento de respeto para mis lienzos, de respeto casi religioso por aquella reproducción humana de una parte de la obra divina. Mis estudios le parecían algo así como cuadros de santidad, y á veces me hablaba de Dios, tratando de convertirme.

Precisa confesar que tenía una idea algo rara de su Dios, que era una especie de filósofo de aldea, sin grandes recursos ni gran poder, pues se le imaginaba siempre desolado por las injusticias cometidas á su vista como si no hubiera estado en su mano el remediarlas.

Estaba en muy buenos términos con él y hasta parecía confidente de sus secretos y de sus contradicciones. Decía: «Dios lo quiere» ó «Dios no lo quiere,» como un sargento diría á un quinto: «El coronel lo manda.»

Deploraba en el fondo de su corazón mi ignorancia de las celestes intenciones que procuraba revelarme, y todos los días encontraba en mis bolsillos, en el sombrero, cuando lo dejaba en el suelo, en mi caja de colores, en mis zapatos lustrados, cuando los dejaba junto á la puerta, esos libritos piadosos que sin duda recibía directamente del Paraíso.

La trataba como una antigua amiga; con cordial franqueza. Pero pronto advertí que su modo de ser había cambiado algo. Me fijé poco en ello los primeros días.

Cuando trabajaba, bien en el fondo del valle, bien en un camino hondo, de pronto la veía aparecer, andando con su paso rápido y seco. Se senta-

ba bruscamente, acalorada, como si hubiera corrido ó como si la agitara una emoción profunda. Estaba muy colorada, con aquel color rojo de los ingleses que no tiene ningún otro pueblo de la tierra, y luego, de súbito, palidecía y parecía que fuera á desmayarse.

Poco á poco, sin embargo, recobraba su aspecto habitual, y hablaba. Luego, á lo mejor, no acababa una frase, se levantaba y se alejaba de un modo tan rápido y extraño, que alguna vez pensé en si habría hecho algo que pudiera disgustarla ó herirla.

Pensé por fin que aquellas rarezas debían serle peculiares y que al principio las había modificado en honor mío.

Cuando volvía á la casa de campo, después de largas horas de marcha por la costa azotada por el viento, sus largos cabellos en tirabuzones pendían lacios como si se les hubiera roto el resorte. Otras veces llegaba á la mesa sin componer, despeinada por su hermana la brisa.

Después subía á su cuarto para arreglarse su tocado, y cuando le decía con galantería familiar que siempre la escandalizaba: «Hoy está usted hermosa como un astro, miss Harriet,» la sangre le subía á

las mejillas, sangre de joven, sangre de quince años.

Al cabo de algunos días se mostró esquiva del todo y cesó de ir á verme pintar. Cuando le hablaba me contestaba bien con indiferencia afectada, bien con sorda irritación. Pensé que aquello era una crisis y que pasaría; pero no pasó. A veces demostraba impaciencia, nerviosidad. No la veía más que á la hora de las comidas, y apenas hablábamos. Pensé que la había ofendido sin querer, y la pregunté una tarde:

—¿Por qué se muestra usted tan reservada conmigo, miss Harriet? ¿La he ofendido en algo? Lo siento mucho.

Contestóme con acento de cólera muy chocantes

—Siempre me he mostrado de igual manera con usted. No es verdad, no es verdad.

Y corrió á encerrarse á su cuarto.

Algunas veces me miraba de un modo extraño. Desde entonces he pensado muchas veces que los condenados á muerte deben mirar de aquel modo cuando les anuncian su último día. Había en sus ojos algo así como un destello de locura, de una locura mística y violenta; una fiebre, un deseo exasperado, impaciente é impotente de lo irrealizado y

de lo irrealizable! Y me parecía que se libraba también en ella un combate en el cual su corazón luchaba contra una fuerza desconocida que trataba de domar y quizá también otra cosa... ¿Qué sé yo? ¿qué sé yo?